

Resumen ejecutivo

Adaptación, integración e inversión: respuestas a los retos de un agroalimentario en transformación

El sector agroalimentario español afronta 2026 desde una posición más favorable que la de los últimos años, pero en un entorno aún exigente. La actividad agraria consolida su recuperación y la industria alimentaria mantiene una notable resiliencia, pero los fenómenos meteorológicos extremos, las tensiones geopolíticas, la presión sobre los costes y las barreras comerciales siguen condicionando sus perspectivas. La adaptación es, por tanto, el hilo conductor de este *Informe Sectorial*, que analiza cómo transformar la escala, la inversión y el modelo productivo en mayor competitividad y creación de valor.

Los indicadores de coyuntura apuntan a una progresiva normalización. El VAB real agrario y el empleo mantienen un tono positivo, mientras que la mejora de la producción impulsó la renta agraria en 2025. Las perspectivas por producciones son, no obstante, desiguales: olivar y viñedo presentan rendimientos elevados, frente a una evolución más débil de algunos cultivos herbáceos y del almendro. La mejora hídrica convive con una mayor exposición a tormentas, granizo y olas de calor. En el frente exterior, las exportaciones pierden impulso y el superávit comercial se reduce, en un contexto marcado por las tensiones arancelarias, la competencia internacional y la aplicación provisional del acuerdo entre la UE y Mercosur.

La agenda europea busca responder a estos desafíos con una Política Agraria Común (PAC) más sencilla, mayor atención a la resiliencia climática y una política comercial orientada a diversificar mercados. El reto será compatibilizar la simplificación regulatoria con los objetivos medioambientales, asegurar una financiación para la transición y abrir nuevas oportunidades comerciales sin debilitar la posición de los productores europeos.

La industria alimentaria, la rama manufacturera que más invierte en España, parte de una base sólida. Sin

embargo, el esfuerzo inversor se concentra en activos materiales. La siguiente fase de modernización exige complementar la inversión en plantas, maquinaria y eficiencia energética con un mayor desarrollo de activos intangibles, como la innovación, la digitalización, la analítica de datos, la trazabilidad y la marca. No se trata solo de invertir más, sino de elevar el contenido tecnológico y la capacidad de diferenciación.

El cooperativismo es otra palanca esencial. Las cooperativas permiten concentrar la oferta, compartir servicios e inversiones y reforzar la posición negociadora de agricultores y ganaderos. Ganar escala no implica necesariamente reducir su número: también puede lograrse mediante cooperativas de segundo grado, alianzas comerciales, plataformas conjuntas o centrales de compra y logística. Para mejorar la rentabilidad, esa escala debe combinarse con innovación, transformación industrial, marcas, internacionalización y proximidad al consumidor.

El sector vitivinícola ilustra esta transformación. El cambio climático está reduciendo rendimientos, aumentando la volatilidad de las cosechas y alterando el perfil de los vinos, mientras que el consumo retrocede y se orienta hacia productos más ligeros, diferenciados y vinculados al origen y la calidad. España ya avanza mediante variedades mejor adaptadas, una oferta más diversificada y una creciente diferenciación, pero debe trasladar esa adaptación al modelo comercial y exportador para capturar más valor añadido.

En conjunto, el sector dispone de fundamentos sólidos, capacidad inversora y una amplia presencia territorial. Consolidar estas fortalezas requiere avanzar simultáneamente en adaptación climática, innovación, integración, diferenciación y apertura de mercados. El desafío no es producir más, sino hacerlo con mayor resiliencia y convertir la escala alcanzada en productividad y valor añadido.